

Sin que le tiemblen las carnes
 Al lobo dispara, o burla
 Al bravo toro pujante,
 Mata la enroscada víbora,
 Domeña al potro salvaje,
 A nado atraviesa el río
 Cuando ha salido de madre;
 Y a veces en la taberna
 O en lo mas recio del baile
 Donde al zumo de la caña
 Culto se rinde y no en balde,
 Si hay pendencia, entre las voces
 Su ronca voz sobresale,
 Y si cuchilladas llueven
 Rey le coronan los jaques.
 Mas si, por ventura, oye
 De boca de las comadres
 Historias de aparecidos
 Con sus pelos y señales;
 Si al atravesar el bosque
 Suenan gemidos distantes,
 O estando la noche encima
 Y él lejos de sus hogares,
 Fuegos fatuos o luciérnagas
 Por aquí brillan o arden;
 Si al salir de algún recodo
 Con el lego mendicante
 De hábito oscuro tropieza,
 Helada siente la sangre,
 Se le erizan los cabellos,

La lengua se le contrae,
 A su voluntad las piernas
 Dóciles no son cual antes;
 Se santigua, en sus adentros
 Clama a los custodios ángeles,
 Y ofrece en solemne voto
 Llevar cera a los altares.
 Ni del certero fusil
 Monta siquiera la llave,
 Que si son contra los vivos
 Armas de fuego eficaces,
 Cónstale al guía que nada
 Contra los difuntos valen.

Venía en esto la noche
 Al par que se iba la tarde,
 Y un alta cuesta ganamos
 Dejando a la espalda el valle:
 Y como es lugar de historia
 Y en la que escribo importante,
 Quiero que el lector conmigo
 Un punto a verla se pare.
 La calzada encumbra el monte;
 Detrás de unos matorrales
 Hay a la siniestra mano
 Cantiles amenazantes,
 Cuyas azuladas peñas
 Que el musgo tapiza en parte
 Y con grato albergue brindan
 A las águilas caudales,

Suspensas en el vacío
 Sin tener sólida base,
 Negras hendiduras muestran
 En que los arbustos nacen;
 Y al más leve terremoto
 O al pasar un carruaje
 Que cimbre el camino, haciendo
 Estrago terrible, caen.
 Hay a la diestra un abismo
 Tajado a pico, y son tales
 Sus dimensiones, que el fondo
 Ver desde arriba no es dable.
 En él sus raíces tienen
 Varios gigantescos árboles
 Sin que la altura del borde
 Sus verdes copas alcancen.
 Si del cantil de la izquierda
 Llega una peña a soltarse,
 Rueda al través del camino
 Y sin que nada la ataje,
 Zumbando espantosamente
 Hacia el hondo seno parte,
 Se oye chasquido de ramas
 Y luego el estruendo grave
 De la mole que en las rocas
 Rebota despedazándose;
 Y de los oscuros antros
 Con alas torpes, sonantes,
 Describiendo negros círculos
 Salen las nocturnas aves.

—¿Qué es esto, Andrade? ¿Qué viste
 Que así te vas por delante,
 De enfermo que está con fríos
 Llevando en tu rostro el aire?
 ¿Por qué aceleras el paso
 Y es tu distracción tan grande
 Que los lebreles van sueltos
 Sin que otra vez los amarres?
 —¡Ay, señor! ¡Ay amo mío!
 ¡Quién, como usted, ignorase
 Que está en la Cuesta del Muerto
 Estando al morir la tarde!
 No bien las sombras se espesan
 Cuando en esta fecha sale
 Todos los meses un bulto
 Por el claro que se abre
 Al comenzar los cantiles,
 Prestando corriente fácil
 A las aguas de aquel monte
 Donde es la lluvia abundante,
 Y en cuya falda hay ruinas
 Cerca de cien años hace,
 De una finca muy valiosa
 Con que dió un incendio al traste,
 Y que fué de un español....
 —Al grano vamos, Andrade.
 —Pues, señor, como decía,
 Por el portillo y en traje
 De cristiano, sale un muerto
 Carga pesada llevándose

A la espalda en un costal
 Cuyas señas . . . — ¡Adelante!
 — Digo (y su merced dispense
 Lo rudo de mi lenguaje)
 Que anda un trecho del camino
 El muerto, cual si pujase
 Al peso de lo que lleva
 Y que debe de quemarle.
 A la orilla del abismo,
 Do ser más profundo sabe,
 Se pára; los pies afirma;
 Mece en infernal balance,
 Siempre en las espaldas puesto,
 El costal para lanzarle,
 Y a poco desaparecen
 Muerto y costal, y unos ayes
 Resuenan, que con oírlos
 Para morir se hay bastante;
 Y luego el macizo golpe
 De quien tortilla se hace,
 Como huevo que se estrella
 En duro suelo de jaspe.
 Y esto lo han visto y oído
 Gentes de todas edades
 De los inmediatos ranchos,
 Arrieros y caminantes.
 De miedo aquestos se paran,
 De dar un paso incapaces,
 Y de tercianas se lisian
 A consecuencia del trance.

Más avisadas aquéllas,
 Dejan que los perros ladren
 Cuando olfatean al muerto
 Desde muy lejos sagaces;
 Cierran y atrancan al punto
 Las puertas de los jacales,
 Y ante la palma bendita
 Que en ellos cuidan no falte,
 Silenciosos se reúnen
 Chicos, medianos y grandes,
 Y haciendo coro la abuela
 Reza un *Requiescant in pace*.

Mi curiosidad excita
 Con su narración Andrade,
 Y allí aguardando, resuelvo
 De la verdad cerciorarme.
 Más que mi dádiva hizo
 De mis razones el arte,
 Que el amilanado guía
 Se resignara a quedarse.
 Los dos tomamos asiento
 Después de atar a los canes
 A un tronco, y a mi escopeta,
 Por lo que fuere y sonare,
 Puse bala y renové
 La cápsula fulminante.
 De nuestros cigarros sube
 Blanco el humo en espirales,
 Que está la noche serena

Y el viento dormido yace.
Yo las estrellas contemplo
Y el guía murmura aparte
Oraciones, o al ruído
De alguna rama al troncharse,
Vuelve con presteza el rostro
Y se estremece cobarde.

Mientras el tiempo transcurre
Y nuestros cigarros arden
Y echados y sin dormirse
Están los perros leales,
Hago preguntas al guía
Y acaba, al fin, por contarme
La historia que a los espantos
Que vamos a ver dió margen.
Procuraré reducirla
A términos razonables,
Que en circunloquios eternos
Y en digresiones mortales
Mi rústico se divaga
Por afición, por carácter,
Como si el bueno del hombre
Cursara universidades.—
Si temes perder el tiempo
O que mis versos te cansen
Por ser en extremo llanos,
Dignos hijos de su padre,
Cierra el libro y quedaremos
Tan amigos como antes.

III

La hacienda.—Don Lope.—Aniversario de la boda.—Doña Inés.

Casi un siglo hace ya que en los lugares
Do hallarás melancólicas ruinas
Con que a la diestra un poco te separes
Si de Jalapa a Coatepec caminas;
Cerca de espesos bosques seculares
De olientes liquidámbaros y encinas,
Y al fin del ancha y ya borrada senda,
Se alzó de un español la rica hacienda.

Fué de labor: las amarillas suertes
De la sabrosa caña al pie del monte,
Cual mar que ondea con los vientos fuertes,
Formaban por lo extensas horizonte.
Negras líneas cortándolas adviertes
De veredas y caños, y el desmonte
Deja a un lado de aquellas sitio abierto
A la espaciosa fábrica y al huerto.

Verdinegros los bosques, rubio el llano,
Limpio y azul el cielo peregrino;
El huerto floreciente en el verano,
Blanca la habitación, pardo el molino;
Cual asa de cristal, chorro lejano

Del agua que lo mueve de continuo;
Sobre la tosca torre allí erigida
El gallo en pie que á madrugar convida;

Esto el ojo descubre en el paisaje,
Y en grato són regalan el oído
Los pájaros cantando en el boscaje,
Y el arroyo entre sauces escondido:
Y de la flor que adorna el rico traje
Primaveral que el campo se ha vestido,
Mientras la abeja el néctar la consume,
Te llega á deleitar blando el perfume.

El dueño allí, tal vez, entusiasmado
Al dulce aspecto de las altas pilas
De la segada mies, ó en el terrado
Puestas eternamente las pupilas
En los panes de azúcar que el dorado
Rayo del sol blanquea en largas filas,
No vió jamás de su fecundo valle
La riqueza y beldad sino en detalle.

Tal vez sobre los cantos de las aves
En el bosque y a un lado de la senda,
Dió preferencia a los mugidos graves
Que salen del trapiche en la molienda;
Y al són de brisas frescas y suaves
Tal vez prefiere jobcecaçión horrenda!
El metálico són que en sus arcones
Producen al entrar sendos doblones.

En el siglo anterior iba así el mundo,
Como va, como irá, y antes y ahora
Es el metal de aspecto rubicundo
Lo que más gusta al rico y le enamora.
Queda a pobres y artistas el profundo
Estudio del paisaje, la sonora
Voz de la fuente, el sol, el campo, el río,
El cano invierno y el ardiente estío.

Mas si Don Lope Aranda ama el dinero,
Tambien ama el gastarlo con largueza
De sus propios caprichos lisonjero,
Que es moneda enterrada inútil pieza;
Y es Don Lope cumplido caballero,
Y jamás en tener cupo nobleza
La mano en que recibes extendida,
La mano con que das siempre encogida.

Opíparas comidas, instrumentos,
Libros de ciencia, nuevas construcciones,
Caballos y jauría, experimentos,
A la joven esposa ricos dones,
De Don Lope se llevan por momentos
Y en columnas cerradas los doblones—
Amén de alguno que otro sacrificio
Al terrible Birján, nunca propicio.

Y no se menoscaba su fortuna,
Que el trabajo y la tierra, cuando impera
La deliciosa paz, obrando á una,